

INSPECTORIA SALESIANA
SAN FRANCISCO JAVIER
BILBAO

Bilbao, 8 de Marzo de 1974

DON
RUFINO ENCINAS
HERNANDEZ

Sacerdote Salesiano

«El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue su cruz cada día y venga conmigo» (Lc. 9,23). Estas palabras del Señor que la Liturgia nos presentaba en el Evangelio del Jueves después de Ceniza, las escuchó D. Rufino pocos minutos antes de su muerte. Su habitación se convertía diariamente en una capilla. Concelebraba acompañado de su fiel y abnegado enfermero D. Pablo Campo. Así lo hizo también la tarde del 28 de febrero. Moría media hora después.

La invitación de Cristo a seguirle cargando con la pesada cruz, la oyó bien; se trataba del último tramo de un largo Vía Crucis. D. Rufino aquella tarde, como tantas veces, dijo su sí y se puso en las manos de Dios. Estaba alcanzando la cumbre. Llegaba.

El golpe final ^{FUE} muy rápido. Muy doloroso el camino desde hacía unos años, sobre todo en estos últimos ocho meses. Nos encontrábamos ante un verdadero holocausto. El tumor maligno se extendía como fuego lento, intensísimo, a lo largo de su cuerpo. «Decir que sufro mucho es decir poco, sufro horriblemente», nos manifestaba en la intimidad. Deseaba morir. Que todo se acabara de repente. Se advertía, sin embargo, cómo le costaba desprenderse de esta vida. «No sólo tengo ganas de trabajar, sino verdadera ilusión», declaró un día en el que como en tan-



tos otros, acosado por el dolor, persistía en despachar su numerosa correspondencia y en dejar todo a punto.

Para nosotros su vida entera, pero en especial la de su austera habitación de religioso enfermo, ha sido una cátedra de grandes lecciones. Sí, D. Rufino se nos ha ido con Cristo (con aquel «Jesús de mi vida», que él solía repetir una y otra vez cuando le apretaba el dolor, como si rogara que no llegara a tanto el sufrimiento y al mismo tiempo lo aceptara generosamente), dejando unos rasgos fuertes de su paso de sesenta y cuatro años por la vida.

Sin esfuerzo alguno se puede dar con los más salientes.

Primera: su bondad. D. Rufino fue ante todo un hombre bueno. El día 1 de febrero, antes de concelebrar, recibió la Unción de los Enfermos y la Bendición Papal. A continuación acerqué a sus labios un Crucifijo, lo besó repetidas veces con ardor. Cuando me disponía a retirarlo de su boca, lo colocó sobre su pecho y comenzó a hablar. Aquella debe haber sido la plática más bella de todas las suyas. Pidió perdón a Dios de sus faltas y a la Comunidad por los escándalos dados por él (jamás nos pareció la palabra escándalo más impropriamente aplicada). Y después: «Nunca he causado daño a nadie a sabiendas». Lo decía en un momento en el que no es fácil hablar espontáneamente de lo que no se siente. Nosotros estábamos plenamente convencidos de que era incapaz (afortunadamente) de hacer mal a nadie, y de no hacer a cualquiera todo el bien que pudiera. Por eso se le quiso tanto y han sido tantísimas las personas que han seguido interesadísimas con angustia, el largo proceso de su enfermedad.

El otro rasgo: su entrega total, sacrificada a la Congregación. Antes, pero sobre todo desde aquel lejano 1931 de su Primera Profesión Religiosa.

Tengo delante su Hoja de Servicio: Joven Profesor en Orense (1933-35) y en Madrid-Atocha (1935-36); Consejero en Béjar (1942-43); Prefecto en Madrid-Atocha (1943-44); Director en Baracaldo (1944-47); en Vigo-San Matías (1947-48); en Madrid-Atocha (1948-54); en Madrid-San Fernando (1954-57); en Bilbao-Deusto (1957-63); en Pamplona (1963-66); Vicario Inspectorial (1966-72); Encargado de los Bienhechores de las Vocaciones de la Inspectoría y de los Cooperadores de Bilbao-Deusto (1972-74).

Este curriculum nada corto, pero que nos vemos obligados a reducirlo aquí en unos cuantos renglones, puede quedar en su verdadera dimensión con esta frase de D. Rufino, al verse deshauciado: «Esto que me sucede es una consecuencia lógica. He tratado muy mal a mi cuerpo. Solía acostarme muy tarde. De noche había que contestar cartas, preparar conferencias...» En ella se adivinan su estima de la responsabilidad, su fina conciencia del deber, su sentido salesiano del trabajo, su preocupación sacerdotal.



Don Modesto Bellido, apenas recibió la noticia del fallecimiento de D. Rufino me escribía: «Mucho apreciaba a D. Rufino y tenía con él verdaderas deudas de gratitud. A costa de sacrificios me sacó varias veces de apuros en mis años de Inspector. Siempre le hallé dispuesto para abrazar la cruz. Ante cargos de responsabilidad, y que él juzgaba superiores a sus fuerzas, debido a su juventud, presentaba sencillamente las dificultades, que agrandaba con su humildad. Posteriormente quedaba tranquilo y emprendía su trabajo con serenidad y optimismo. En los años de carestía que siguieron a la guerra, D. Rufino, ya como Prefecto, ya como Director, se desvivía para que nada de lo necesario faltara a los Hermanos y a los alumnos internos. El era el último en quien pensaba, para proveerse». (Carta del 1 de marzo de 1974).

Repetidas veces —recuerdo particularmente aquella tarde de la Unción de los Enfermos— había dicho: Ofrezco mi vida por la Iglesia, por la Congregación, por las Vocaciones. ¡Las Vocaciones Salesianas! Fueron su obsesión hasta el final. Como encargado de los Bienhechores de las Vocaciones de la Inspectoría había extendido —con pudor— su mano, había escrito muchas cartas, realizado muchas visitas. Trabajando por ellas se había llevado las más grandes alegrías y las desilusiones más dolorosas.

El 8 de febrero, con motivo de la reunión de Directores de la Inspectoría, pasaron éstos a visitarle, temerosos de causarle algún fastidio ante el estado gravísimo de su salud. El los recibió con afecto, alegría y gratitud. Le saltaron las lágrimas. Debió recordar su actividad de tantos años al frente de las Casas y desear fidelidad y acierto a los Hermanos que, como él, habían cargado con la máxima responsabilidad de nuestras Obras.

Terminaba la tarde del 28 de febrero la Concelebración de nuestro enfermo. Faltaba poco para que el implacable mal diera su último asalto con el que la mente, hasta entonces lucidísima, se ausentara juntamente con su vida.

Oyó y se unió con toda su alma a estas palabras de la Oración después de la Comunión: «Favorecidos con el don del cielo te pedimos, Dios todopoderoso, que esta Eucaristía se haga viva realidad en nosotros y nos alcance la salvación». Pocos minutos y la había conseguido definitivamente. Quedó mirando —como posando para la eternidad— a la pequeña estatua de María Auxiliadora, que tenía sobre su mesa de trabajo, vuelta hacia su lecho. Los que le conocieron saben bien cuánto había hecho por difundir su devoción.

En su enfermedad y en la cercanía de la muerte no habíamos sorprendido en él ni angustias, ni temores, ni dudas sobre su futuro eterno. Esto nos ha hecho pensar en aquellas palabras del Apóstol San Juan en su 1.^a Carta: «en el amor no hay temor; antes bien el amor perfecto expulsa el temor» (4,18).



La gran concurrencia a la Misa Exequial fue una expresión más del aprecio y afecto que se le tenía y del dolor de su partida. Nuestra espaciosa iglesia de Bilbao-Deusto fue insuficiente para acogerla. En la Concelebración estuvo ampliamente representada toda la Inspectoría por su Consejo Inspectorial, por sus Directores y numerosos Hermanos.

A petición de su familia, sus restos mortales fueron trasladados al panteón que ella posee en el cementerio de Salamanca. Al sepelio asistieron muchos Salesianos y representantes de la Familia Salesiana de las Inspectorías de Madrid, León y Bilbao.

Don Rufino había nacido en el seno de una familia profundamente cristiana. Una muestra: Dos de sus hermanos son sacerdotes y una hermana, religiosa.

Agradezco, en nombre de la Inspectoría, particularmente a la Comunidad de Bilbao-Deusto, que hizo realidad la letra de nuestras Constituciones (121): «a los enfermos... la Comunidad les rodea de atenciones y afecto».

Queridos Hermanos: Como el amor no se aquieta sino ante la máxima seguridad de que la persona amada no sufre y es totalmente feliz, elevemos a la misericordia divina frecuentes sufragios por este nuestro hermano.

Encomiendo también a vuestra fraterna oración a esta nuestra Inspectoría y al que se profesa vuestro afmo. en San Juan Bosco.

SALVADOR BASTARRICA

Inspector

RESUMEN NECROLOGICO

Sacerdote **Rufino Encinas Hernández**. Nació en Gejuelo del Barro (Salamanca) el 22-V-1909. Murió en Bilbao-Deusto el 28-II-1974, a los 64 años de edad, 43 de Profesión Religiosa y 31 de Sacerdocio.

Fue Director por 22 años y por 6 Vicario Inspectorial.

